

Nathaniel Hawthorne

El artista de lo bello



Una pequeña joya de la literatura norteamericana que sondea el misterio de la búsqueda artística, en una fascinante incursión en las profundidades del alma.

Un hombre, ya entrado en años, que paseaba del brazo con su hermosa hija por la calle, salió de la penumbra del nublado atardecer a la luz que se derramaba sobre la acera desde el escaparate de una pequeña tienda. El escaparate sobresalía al exterior; en su interior había colgada una serie de relojes variados, unos de imitación, otros de plata y uno o dos de oro, pero todos ellos con la esfera de espaldas a la calle, como si, de mal humor, se negasen a informar a los transeúntes de la hora que era. Sentado en el interior de la tienda, de perfil visto desde el escaparate, había un hombre joven; su pálido rostro se inclinaba con gravedad sobre algún delicado mecanismo bajo el haz luminoso que una pantalla proyectaba.

—¿Qué estará haciendo Owen Warland? —murmuró el anciano Peter Hovenden, relojero jubilado y antiguo maestro de aquel mismo joven cuya actividad miraba ahora intrigado—. ¿En qué estará trabajando? En los últimos seis meses no he pasado una sola vez por delante de su tienda que no lo encontrara completamente absorto en su trabajo, igual que ahora. Superaría los límites de su estupidez habitual que se le hubiera metido en la cabeza descubrir el movimiento perpetuo; y, sin embargo, sé lo bastante de mi oficio para estar seguro de que lo que ahora le ocupa no forma parte de la maquinaria de un reloj.

—Quizá, padre —dijo Annie, sin mostrar mucho interés por el asunto—, Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Estoy segura de que tiene suficiente ingenio para eso.

—¡Bah, tonterías! Es incapaz de inventar nada mejor que un juguete holandés —respondió el padre al que,

tiempo atrás, el genio irregular de Owen Warland había generado más de un problema—. ¡Vaya un ingenio el suyo! Que yo sepa, solo le ha servido para arruinar la precisión de algunos de los mejores relojes de mi tienda. Es más fácil que el sol se salga de su órbita y trastorne todo el curso del tiempo que, como dije antes, el ingenio de este muchacho dé para algo más que para crear un juguete infantil.

—¡Calle, padre, que lo va a oír! —cuchicheó Annie, apretando el brazo del anciano—. Sus oídos son tan delicados como sus sentimientos; y ya sabe con cuánta facilidad se alteran. Vayámonos de aquí.

Así pues, Peter Hovenden y su hija Annie siguieron su camino lentamente y en silencio, hasta que en una calle apartada de la ciudad fueron a pasar por la puerta abierta del taller de un herrero. En el interior se podía ver la forja, con las brasas ardientes iluminando por momentos el techo alto y oscuro, y limitando luego su brillo al área restringida del suelo cubierta de carbón, según que el fuelle expulsara el aire o, por el contrario, lo inhalara en sus vastos pulmones de cuero. En los intervalos de luz, era posible distinguir los objetos situados en los rincones más alejados del taller y las herraduras que colgaban en la pared; en la penumbra momentánea, el fuego parecía brillar tenuemente en un espacio difuso de contornos vagos. Moviéndose en esa alternancia del resplandor rojizo y la penumbra se veía la figura del herrero, bien digna de ser observada en ese pintoresco espectáculo de sombras y de luces, en el que el resplandor del fuego parecía luchar con las tinieblas de la noche, como si cada uno extrajera del otro su mágica fuerza. El herrero sacó una barra de hierro incandescente de entre los carbones, la colocó sobre el yunque, levantó su brazo poderoso, y al punto se vio envuelto por una miríada de chispas que los golpes de su maza esparcían por la penumbra circundante.

—¡Esta sí que es una visión agradable! —exclamó el viejo relojero—. Sé lo que es trabajar el oro; pero, con todo lo

que se dice y se hace, yo me quedo con el que trabaja el hierro. Dedica su trabajo a algo real. ¿No te parece, Annie?

—Por favor, padre, no hable tan alto —susurró Annie—. Robert Danforth le va a oír.

—¿Y qué si me oye? —respondió Peter Hovenden—. Te lo vuelvo a repetir, es bueno y saludable confrontar la fuerza propia con la realidad, y ganarse el pan con el brazo desnudo y musculoso, como hace un herrero. El relojero acaba con el cerebro trastornado por sus complejos mecanismos, o pierde la salud o la agudeza de la vista, como me sucedió a mí; y así se encuentra, a mitad de su vida o poco después, incapaz de continuar con su oficio, sin servir para otra cosa, y, sin embargo, demasiado pobre para vivir decentemente. Por eso digo una vez más: dame la fuerza bruta para ganarme la vida. ¡Eso acaba con todas las ideas estúpidas que a uno se le puedan pasar por la cabeza! ¿Has oído alguna vez que un herrero esté tan loco como ese Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —gritó Robert Danforth desde la fragua, con su voz potente, profunda y alegre, que hizo que el techo le devolviera su eco—. ¿Y qué dice la señorita Annie de esas ideas? Supongo que ella pensará que es mucho más refinado estar enredando con el reloj de una dama que forjar una herradura o fabricar una parrilla.

Annie tiró de su padre llevándoselo hacia adelante sin darle tiempo a replicar.

Pero volvamos a la tienda de Owen Warland, para meditar sobre su historia y su carácter con más detenimiento de lo que Peter Hovenden, o probablemente su hija Annie, o también el antiguo compañero de escuela de Owen, Robert Danforth, hubieran considerado pertinente, teniendo en cuenta la escasa relevancia del tema. Desde el momento en que sus tiernos deditos pudieron agarrar una navaja, Owen había mostrado un ingenio excepcional y delicado, que a veces se ponía de manifiesto en la elaboración de hermosas figuras de madera, principalmente flores y pája-

ros, y que, en otras ocasiones, parecía centrarse en los misterios ocultos de la mecánica. Pero, en un caso como en otro, su objetivo era siempre la elegancia y la armonía, y nunca la prosaica utilidad. No se dedicaba a construir, como hacían tantos artesanos escolares, pequeños molinos de viento en la esquina de un granero, o molinos de agua en el arroyo cercano. Quienes descubrieron esa peculiar disposición en el muchacho, hasta el punto de pensar que valía la pena observarlo con atención, tenían a veces motivos para suponer que estaba intentado imitar los hermosos movimientos de la naturaleza, tal como se ejemplificaban en el vuelo de los pájaros o en la actividad de los pequeños animalillos. Parecía tratarse, en realidad, de una nueva expresión del amor a la belleza, que podría haber hecho de él un poeta, un pintor o un escultor, y que estaba tan completamente purificada de toda grosería utilitaria como la que podría encontrarse en cualquiera de las bellas artes. Examinaba con particular desagrado los procesos rígidos y regulares de las maquinarias ordinarias. En una ocasión lo llevaron a ver una máquina de vapor, con la esperanza de que su comprensión intuitiva de los principios mecánicos se vería gratificada, mas él palideció y se sintió profundamente indispuerto, como si le hubieran puesto en presencia de algo monstruoso y anormal. Ese sentimiento de horror se debía en parte al enorme tamaño y la terrible energía de aquel monstruo de hierro; pues el espíritu de Owen era afín a lo microscópico, y tendía de manera natural a lo diminuto, de acuerdo con su estructura reducida y la asombrosa pequeñez y la fuerza delicada de sus dedos. No es que su sentido de la belleza se viera por ello limitado a la apreciación de lo meramente bonito. La idea de la belleza no tiene ninguna relación con el tamaño, y puede ser desarrollada a la perfección tanto en un área diminuta que precise de la investigación microscópica, como en el amplio espacio que delimita el arcoíris. Pero, en todo caso, esa pequeñez que caracterizaba todos sus objetos y realizaciones hacían al

mundo más incapaz todavía de captar el genio de Owen. Los parientes del muchacho no vieron nada mejor que hacer con él —tal vez, no sin motivo— que ponerlo de aprendiz con un relojero, esperando que su extraño ingenio pudiera ser así regulado y puesto al servicio de objetivos más útiles.

Conocemos ya la opinión de Peter Hovenden sobre su aprendiz. Hovenden no había podido sacar nada positivo de aquel muchacho. Owen, es verdad, podía comprender con facilidad los misterios del oficio y lo hacía, además, con una increíble rapidez; pero olvidaba por completo, o despreciaba, el objetivo fundamental del oficio de relojero, y no se preocupaba más por la medición del tiempo que si este se hubiera confundido con la eternidad. No obstante, durante toda la época que permaneció bajo la tutela de su anciano maestro, la falta de fortaleza de Owen hizo posible, gracias a requerimientos estrictos y a una severa supervisión, mantener dentro de unos límites razonables sus excentricidades creativas; pero cuando concluyó su período de aprendizaje y pasó a hacerse cargo de la pequeña tienda que Peter Hovenden ya no podía dirigir debido al deterioro de su vista, entonces todo el mundo se pudo dar cuenta de que Owen Warland no era una persona capaz de guiar al Padre Tiempo, viejo y ciego, en su curso diario. Uno de sus proyectos más racionales fue conectar un dispositivo musical con la maquinaria de sus relojes, de manera que las ásperas disonancias de la vida pudieran volverse melodiosas, y que cada momento efímero de la existencia cayera en el abismo del pasado en gotas doradas de armonía. Si una familia le confiaba un reloj para que lo reparara —uno de esos relojes altos y antiguos que casi se han convertido en aliados de la naturaleza humana a fuerza de medir el tiempo de vida de tantas generaciones sucesivas—, él se permitía organizar una danza o una procesión funeraria con figuras repartidas por toda su esfera venerable, representando doce horas risueñas o melancólicas. Varias rarezas

de este tipo contribuyeron a destruir en gran medida el crédito del joven relojero entre esa clase de personas sensatas y pragmáticas que sostienen la opinión de que no se puede jugar de forma irreverente con el tiempo, al que consideran ya sea un medio de progreso y prosperidad en este mundo, ya sea una preparación para el otro. Su clientela disminuyó con rapidez, contrariedad, sin embargo, que Owen Warland consideró probablemente un accidente afortunado, pues le permitía sumirse cada vez más en una misteriosa ocupación que demandaba toda su ciencia y su destreza manual e implicaba también la dedicación plena de todas las capacidades características de su genio. Muchos meses había consumido ya en esa búsqueda.

Después de que el viejo relojero y su bella hija lo observaran desde la oscuridad de la calle, Owen Warland fue presa de una agitación nerviosa, que hizo que su mano temblara de forma tan violenta que le hizo imposible seguir adelante con el delicado trabajo en el que se encontraba enfrascado.

—¡Era ella, Annie! —murmuró—. Debería haberlo comprendido por los latidos de mi corazón, antes incluso de oír la voz de su padre. ¡Ah, cómo se altera mi pulso! Dificilmente podré ya volver a trabajar por esta noche en este delicado mecanismo. ¡Annie! ¡Queridísima Annie! Tú deberías dar firmeza a mi mano y a mi corazón, en lugar de hacerlos temblar de esta manera; pues si me estoy esforzando en dar forma al espíritu mismo de la belleza, y en darle movimiento, es por ti y solo por ti. ¡Oh corazón inquieto, sosiégate! Si mi trabajo se ve así frustrado por tu causa, me invadirán sueños vagos e inquietantes que harán que mañana me despierte abatido.

Cuando se esforzaba por ponerse de nuevo a su tarea, se abrió la puerta de la tienda y dio paso a la robusta figura que Peter Hovenden se había detenido a admirar, según la veía entre la luz y la sombra en el taller del herrero. Robert Danforth llevaba consigo un pequeño yunque de su propia

fabricación, que el joven artista le había encargado fabricar con unas características especiales. Owen examinó el artículo y lo estimó conforme a sus exigencias.

—Muy bien —dijo Robert Danforth, con su voz potente que llenaba la tienda como el sonido de un contrabajo—. En mi oficio, no me considero inferior a nadie; ¡aunque habría hecho un pobre papel en el tuyo, con un puño como este! —añadió, riendo, mientras ponía su enorme mano al lado de la delicada mano de Owen—. ¡Ya ves! Pongo más fuerza en un golpe de mi maza que toda la que tú has gastado desde que eras aprendiz. ¿No es cierto?

—Muy probablemente —respondió Owen con su voz débil y delicada—. La fuerza es un monstruo terrenal. No la quiero para mí. Mi fuerza, sea la que sea, es por completo espiritual.

—Muy bien, Owen, pero dime: ¿en qué estás metido ahora? —preguntó su antiguo compañero de escuela, todavía en un tono tan rotundo que hizo estremecerse al artista, debido, en especial, a que la pregunta se refería de manera directa a un tema tan sagrado como el absorbente sueño de su imaginación—. La gente dice que estás tratando de descubrir el movimiento perpetuo...

—¿El movimiento perpetuo? ¡Tonterías! —replicó Owen Warland, con un gesto de indignación, pequeña muestra de irritación con la que reaccionaba a menudo—. Eso no se podrá descubrir nunca. Es un sueño ilusorio capaz de engañar a hombres cuyo cerebro está obnubilado por lo material, pero no a mí. Además, aunque ese descubrimiento fuera posible, carecería de todo valor para mí si solo se fuera a utilizar en propósitos tales como los que ahora se sirven del vapor y la fuerza hidráulica. No ambiciono que se me honre por la paternidad de alguna nueva máquina de hilar algodón.

—¡Eso sí que sería gracioso! —gritó el herrero, armando tal alboroto con su risa que el propio Owen y las campanas de cristal que estaban sobre su mesa de trabajo temblaron

al unísono—. ¡No, no, Owen! Ningún hijo tuyo tendrá articulaciones ni tendones de hierro. Bien, no quiero molestarte más. Buenas noches, Owen, que te vaya muy bien, y ya sabes... si necesitas ayuda, siempre que la solución a tus problemas sea un fuerte golpe de martillo en el yunque, ¡yo soy tu hombre!

Y con otra risotada el fornido herrero salió de la tienda.

—¡Qué cosa más extraña —se susurró Owen Warland a sí mismo, apoyando la cabeza en la mano—, que todas mis cavilaciones, mis propósitos, mi pasión por lo bello, mi conciencia de tener poder para crearlo, un poder más sutil y etéreo de lo que ese gigante terrenal pudiera imaginarse, todo, todo, parezca vano e infundado cada vez que Robert Danforth se cruza en mi camino! Me volvería loco si tuviera que verlo a menudo. Su fuerza pesada y brutal oscurece y confunde el elemento espiritual que habita en mi interior; pero también yo seré fuerte a mi manera. ¡No cederé ante él!

Sacó de una campana de cristal un mecanismo diminuto, que colocó bajo la luz de su lámpara y, examinándolo atentamente por medio de una lupa, procedió a actuar sobre él con un delicado instrumento de acero. Sin embargo, un instante después se echó hacia atrás en su silla y entrelazó sus manos, con una mirada de horror en el rostro que hacía que sus suaves rasgos parecieran tan impresionantes como los de un gigante.

—¡Cielos! ¡Qué he hecho! —exclamó—. El vapor, la influencia de esa fuerza bruta, me ha descontrolado, oscureciendo mi percepción. ¡He dado el golpe, el golpe fatídico, que he temido desde el principio! ¡Todo ha terminado, el trabajo arduo de tantos meses, el objetivo de mi vida!... ¡Estoy acabado!

Y allí se quedó, sentado, preso de una angustiada desesperanza, hasta que la luz de la lámpara empezó a parpadear y, finalmente, dejó al Artista de lo Bello en la oscuridad.

Es así como las ideas que crecen en la imaginación y que a esta le parecen tan atractivas y de valor superior a lo que los hombres pueden estimar valioso, se exponen a ser sacudidas y aniquiladas por el contacto con lo práctico. Es requisito del artista ideal estar en posesión de una fuerza de carácter que parece difícilmente compatible con su delicadeza; debe mantener su fe en sí mismo mientras el mundo incrédulo lo ataca con su absoluto escepticismo; debe erigirse contra la humanidad y ser su propio y único discípulo, tanto con respecto a su genio como a los objetivos que se plantea.

Durante un tiempo, Owen Warland sucumbió a esta severa pero inevitable prueba. Pasó varias semanas de apatía, con la cabeza apoyada continuamente entre las manos, hasta el punto de que la gente de la ciudad apenas tenía oportunidad de verle el semblante. Cuando, por fin, levantó su cara a la luz del día, se percibía en ella un cambio frío, apagado, indescriptible. Sin embargo, en opinión de Peter Hovenden y de todas esas gentes de mente sagaz que piensan que la vida debería estar regulada, como un mecanismo de relojería, con unas pesas de plomo, la alteración que en él se había producido era por completo positiva. En efecto, Owen se aplicaba ahora a su oficio con una tenaz laboriosidad. Era maravilloso presenciar la obtusa gravedad con la que inspeccionaba los engranajes de un viejo reloj de plata; eso deleitaba a su propietario, que lo llevaba en su bolsillo desde hacía tanto tiempo que ya se había desgastado, y que incluso había llegado a estimarlo como parte de su propia vida, mostrándose, en consecuencia, especialmente preocupado por cómo lo trataran. A resultas de la buena reputación así adquirida, las autoridades locales invitaron a Owen Warland a reparar el reloj del campanario de la iglesia. Con tanto éxito resolvió este asunto de interés público, que en la plaza del mercado los comerciantes comentaban sus méritos; la enfermera susurraba sus alabanzas mientras administraba la poción en la habitación del en-

fermo; el enamorado lo bendecía al llegar la hora de su cita; y la ciudad toda agradecía a Owen la puntualidad con que sonaba a la hora de la cena. En una palabra, el fuerte peso que sentía sobre su alma mantenía todo en orden, no solo en su propia vida, sino dondequiera que llegaran los ecos del carillón de hierro del reloj de la iglesia. Detalle de menor importancia, pero revelador de su situación presente, era que, cuando se dedicaba a grabar nombres o iniciales en cucharas de plata, escribiera las letras solicitadas con un estilo extremadamente sencillo, omitiendo la variedad de florituras extravagantes que hasta entonces habían caracterizado sus trabajos de este tipo.

Un día, durante la época de esta feliz transformación, el anciano Peter Hovenden fue a visitar a su antiguo aprendiz.

—Bien, Owen —le dijo— me alegra oír tan buenos informes de ti por todas partes, en particular desde que reparaste el reloj del campanario, que habla a tu favor veinticuatro veces cada día. Sólo tienes ya que deshacerte de una vez por todas de ese amasijo de ideas absurdas sobre la Belleza que ni yo ni nadie, ni siquiera tú mismo, pudo nunca comprender; bastará con que te liberes de eso, y tu éxito en la vida será tan seguro como la luz del día. ¡Adelante! Si sigues por ese camino, incluso yo mismo me aventuraría a dejar que arreglaras mi precioso y antiguo reloj, a pesar de que, salvo mi hija Annie, nada en el mundo me resulta tan preciado.

—Apenas me atrevería a ponerle la mano encima, señor —respondió Owen en tono abatido, abrumado como estaba por la presencia de su viejo maestro.

—Ya llegará el momento —le respondió— en que seas capaz de hacerlo.

El viejo relojero, con la libertad que se derivaba de forma natural de su antigua autoridad, se dedicó a inspeccionar el trabajo que Owen tenía entre manos en aquel momento, junto con otros aún sin terminar. El artista, mientras tanto, apenas se sentía capaz de levantar la cabeza. No ha-

bía nada tan contrario a su naturaleza como la sagacidad fría y sin imaginación de aquel hombre, al contacto con el cual todo parecía desvanecerse, salvo la materia más densa del mundo físico. Owen gimió en su fuero interno y rogó con fervor para verse liberado de su presencia cuanto antes.

—¿Pero qué es esto? —exclamó Peter Hovenden bruscamente, levantando una polvorienta campana de cristal, bajo la cual apareció algún tipo de cosa mecánica, tan delicada y diminuta como el sistema anatómico de una mariposa—. ¿Qué es lo que tenemos aquí? ¡Owen! ¡Owen! Hay brujería en todas estas pequeñas cadenas, ruedas y paletas. ¡Mira! ¡Con un pellizco de mi dedo índice y el pulgar voy a liberarte de todo peligro futuro!

—¡Por el amor de Dios! —gritó Owen Warland, levantándose de repente con una energía asombrosa—, si no quiere que me vuelva loco, ¡no lo toque! La más ligera presión de su dedo me destrozará para siempre.

—¡Ajá, joven! ¿De verdad? —dijo el viejo relojero, mirándolo con la suficiente penetración para atormentar el alma de Owen con la acritud de las críticas mundanas—. Bien, haz lo que quieras; pero te vuelvo a advertir: en este pequeño mecanismo vive tu espíritu maligno. ¿Quieres que lo exorcice?

—¡Usted es mi espíritu del mal! —contestó Owen con una manifiesta excitación—. ¡Usted y el mundo burdo y grosero! Sus ideas asfixiantes y el abatimiento que usted me produce es lo único que me bloquea; de no ser por eso, hace tiempo que habría terminado la tarea para la que fui creado.

Peter Hovenden sacudió la cabeza, con esa mezcla de desprecio e indignación que la humanidad, de la que era en parte representante, se considera con derecho a sentir hacia los insensatos que buscan otros premios distintos al polvo que se encuentra cuando se siguen los caminos trillados. Se despidió entonces, con un dedo levantado y una

mueca de desprecio en la cara que atormentó los sueños del artista durante muchas noches.

En la época de la visita de su viejo maestro, probablemente Owen estaba a punto de reanudar la tarea abandonada; pero, debido a este acontecimiento siniestro, se vio sumido de nuevo en el estado del que había ido saliendo poco a poco.

En todo caso, las disposiciones naturales de su alma no habían dejado de acumular nuevo vigor durante ese período de aparente aturdimiento. Según avanzaba el verano abandonó casi por completo su negocio, y permitió que el Padre Tiempo, en la medida en que este se podía encontrar representado por los relojes de bolsillo y de pared que estaban bajo su control, vagara al azar por la vida humana, creando una confusión infinita entre el cortejo de las horas desconcertadas. Malgastaba la luz del sol, como decía la gente, en vagar por los bosques y los campos y recorrer las riberas de los arroyos. Allí, como un niño, se divertía persiguiendo mariposas u observando los movimientos de los insectos en el agua. Había algo verdaderamente misterioso en la intensidad que ponía en la contemplación de esos juguetes vivientes cuando revoloteaban en la brisa, o en el atento examen de la estructura de un insecto imperial que acababa de apresar. La caza de mariposas era un emblema apropiado de la búsqueda ideal a la que había dedicado tantas horas nimbadas de oro. Pero ¿llegarían alguna vez sus manos a plasmar la idea de lo bello como la mariposa que lo simbolizaba? Dulces fueron, sin duda, aquellos días, y agradables para el alma del artista. Estaban llenos de concepciones brillantes que iluminaban su universo intelectual igual que las mariposas iluminan el mundo exterior, y que en ese momento eran reales para él, sin el trabajo duro, las dudas y las múltiples decepciones que lleva consigo el tratar de hacerlas visibles al ojo sensorial. Pero, ¡ay!, el artista, sea en la poesía, o en cualquier otro ámbito, no puede contentarse con el disfrute interior de lo Bello, sino que

se ve impulsado a perseguir el misterio fugaz más allá de los límites de ese dominio etéreo, y destruye su frágil presencia al encerrarlo en el ámbito de la materia. Owen Warland sentía la necesidad de dar realidad eterna a sus ideas de manera tan irresistible como cualquier de los poetas o pintores que habían adornado el mundo con una belleza tenue y ligera, copia imperfecta de sus sublimes visiones.

La noche era ahora el tiempo que dedicaba a la lenta tarea de recrear la idea única que centraba toda su actividad intelectual. Invariablemente, al acercarse el crepúsculo, volvía de forma sigilosa a la ciudad, se encerraba en su taller, y trabajaba con paciente destreza durante muchas horas. A veces, le asustaban los golpecitos en la puerta del vigilante nocturno que, cuando todo el mundo debía estar dormido, había observado el destello de la lámpara a través de las rendijas que dejaban los postigos de la tienda de Owen Warland. Para la sensibilidad mórbida de su alma, la luz del día parecía tener un carácter invasor que podía interferir con sus proyectos. Los días nublados e inclementes, se sentaba con la cabeza entre las manos, arrojando, por decirlo así, su sensible cerebro en una bruma de meditaciones indefinidas, pues era un alivio poder escapar de la implacable precisión con la que se veía obligado a moldear sus pensamientos durante su duro trabajo nocturno.

De uno de esos ataques de apatía fue sacado por la llegada de Annie Hovenden, que entró en la tienda con la libertad de un cliente, y también con la familiaridad de una amiga de la infancia. Se le había hecho un agujero en su dedal de plata, y quería pedirle a Owen que se lo arreglara.

—Pero no sé si aceptarás este trabajo —le dijo riéndose—; ya sé que andas ocupado ahora con la idea de infundir el espíritu en las máquinas.

—¿De dónde has sacado esa idea, Annie? —respondió Owen Warland, sorprendido.

—Oh, de mi cabeza —respondió la muchacha—, y de algo que te oí decir, hace ya mucho, cuando tú eras un jo-